

Lo que le ha sucedido a D. Ramón del Valle Inclán en su viaje a Méjico y el ejemplo de Mazzini con respecto a Italia

Para LA NACION

SALAMANCA, febrero de 1922.

RAMON del Valle Inclán, a cuya celebridad no sólo literaria, o de escritor, sino personal, o de hombre, le puso sello, con unos versos que andan en la memoria de muchos, Rubén Darío, D. Ramón del Valle Inclán es un hombre que no se muere de la lengua. Sus frases son terribles; su poder de invectiva, iguala, si es que no supera, al que en un tiempo tuvo en Francia Rochefort. Y D. Ramón del Valle Inclán no es uno de esos cuocos, que pasándose de hábiles, no toman partido en las grandes

disidencias de los pueblos o nadan entre dos aguas. En la última conuenda, cuando a propósito de la gran guerra de las Naciones, estábamos los ciudadanos españoles conscientes, divididos en germanófilos y aliadófilos — o si se quiere germanófobos y aliadófbos—D. Ramón del Valle Inclán tomó claro partido contra la Germania kaiserica y militarista. Continuando, a la vez, su labor de arte elevado y noble.

Valle Inclán ha vuelto hace poco a Méjico, donde había estado ya en su juventud, y de donde sacó algunas de las figuras más admiradoras de sus obras. Y allí, en Méjico, ha dado lugar a ciertas protestas. Y hasta se han encontrado españoles residentes en Méjico tan desconocedores del estado de la opinión pública en España hoy, que se han atrevido a escribir al señor conde de Romanones, presidente del Ateneo de Madrid, pidiéndole que este Ateneo expulse de su seno a Valle Inclán por manifestaciones que éste hizo en Méjico, dicen, en severa censura del jefe supremo del Reino de España. Lo que

es desconocer el estado de la opinión pública hoy en España y mucho más el del Ateneo. Donde se ha dicho y se dice, desde la tribuna, todo lo que haya podido decir Valle Inclán en Méjico. Y es claro que el conde de Romanones tenía que contestar a esos señores como les contestó, haciéndoles presente la libertad de que en el Ateneo se goza. ¡Pues buena se hubiera armado si en ésta, el principal centro de cultura y el más incólume bastión de la libertad de pensamiento en España, se le ocurre proponer a nadie esa expulsión! ¡Lo que habrían tenido que oír esos mal aconsejados españoles de Méjico! Que no son, ¡claro está!, sino una pequeña parte de los allí residentes.

D. Ramón del Valle Inclán, por su parte, dice que lo enemigo contra él de esos compatriotas afincados en Méjico no proviene de lo que del soberano del Reino de España dijo, sino de que a un requerimiento de ellos para que les defendiera con su pluma o su palabra en cierto pleito de propiedades de tierras—latifundios como aquí—que ante el Gobierno de

Obregón tienen presentado, a lo que él, D. Ramón, les contestó que se informaría y luego de informado que creía que la razón estaba de parte de los campesinos, de los labradores o ganaderos, que no se avenían a conspirar hechos a favor de las revueltas civiles y a caudillos de montoneras.

Mas, sea de ello lo que fuese, lo que no se puede consentir es que haya españoles residentes en el extranjero que se dediquen a dar y quitar patentes de patriotismo según sus particulares opiniones políticas y que pretendan que no se pueda decir fuera de aquí lo que aquí estamos diciendo a voz en cuello y, sobre todo, lo que un despotismo desenfrenado no nos deja decir aquí.

A nadie se le ocurrió nunca tachar de mal patriota italiano al más grande acaso de los patriotas italianos de su tiempo, a José Mazzini, porque desde la Gran Bretaña inflamara a Italia contra los Gobiernos que tenía. Y no se nos ocurriría tachar de malos patriotas griegos a los partidarios de Venizelos, que desde los Estados Unidos protestan contra los procedimientos políticos del rey Constantino,

de Grecia. Y es porque es inevitable el que se lleve al extranjero las diferencias que en casa se tienen:

"La ropa sucia hay que lavarla en casa". Pero aparte de que aun lavándola en casa la ven desde las casas vecinas, sobre todo cuando se la pone a secar al sol en la galería, y ¿si no le dejan a uno lavarla en casa?, ¿si hay que ir a buscar el agua o el jabón afuera?

Hace poco el ingeniosísimo, graciosísimo e intencionadísimo cronista Julio Camba, contaba que encontrándose él en América se permitió silbar, el día del estreno, una obra española, lo que le valió acres censuras por parte de algunos coterráneos. "En vano yo—dice—procuraba demostrarles que la obra era mala. Ellos sostenían que, representadas en el extranjero, todas las obras españolas son buenas, aun las del propio señor Linares Rivas, y que al silbar aquélla, me estaba conduciendo como un mal patriota. ¿Cómo convencerles de que el mal patriota era el autor y de que el patriotismo consistía, precisamente, en silbarlo? Aquellos hombres vendían allí uvas, cebollas y naran-

jas, en competencia con Italia, y para la buena marcha del negocio necesitaban un autor dramático que eclipsara los éxitos de Rovetta, atrayendo la atención del público sobre nuestros productos agrícolas".

Pero se dirá, y Julio Camba lo hace notar luego, que hay muchas cosas que llevadas al extranjero adquieren sobre su valor real un valor representativo, por lo que no es conveniente decir la verdad del otro lado de los Pirineos. Y Camba replica, con el ejemplo de una elevada nariz que es roma, que si no nos dejan decir la verdad aquí tenemos que ir a decir la en el extranjero.

Dice la guía Baedeker que el español es "pointilleux et ombra-geux", se decir, quisquilloso y receloso, y lo es sobre todo fuera de España, y más cuando se enriquece. Y tampoco es raro que se tome fuera de aquí por representativo lo que no nos representa. "No se debe desprestigiar en el extranjero lo que en él debe unirnos a los compatriotas todos, lo que debe ser nuestro aglutinante—me escribía no hace mucho un español afincado hace años en una de las Re-

públicas americanas de habla española. Y le contesté que eso a que aludía, suponiendo ser lo que debe unirnos, eso que llamaba aglutinante, es precisamente aquí lo que nos desune, es el principal disolvente de la Nación, y que no se debe confundir a ésta, a la Nación, que es la patria, con el reino. Siendo lo más triste que con frecuencia los representantes oficiales del Reino de España ante los Gobiernos extranjeros son representantes, sí, del Reino, pero muy poco de la Nación, y a veces dedican un esfuerzo que debería estar mejor empleado a impedir que ciertas noticias se propaguen. Esfuerzo, es claro, que resulta inútil.

Porque resulta, en efecto, inútil, querer impedir que se conozca la verdadera situación interior de España. En periódicos españoles que se publican en América hemos podido leer la verdad, toda la verdad de lo que pasó en Africa en julio último y claramente expuesta la mayor responsabilidad personal de aquel desastre. Y no porque esa verdad se proclame se dejarán de vender las uvas, cebollas y naranjas a que aludía Camba,

o latas de conserva o libros españoles, que son una especie de latas de conservas también. Ni creemos que con viajes de altísimos comisionistas de comercio, de supremos viajantes, se consiga mucho, si es que han de ir precedidos de una campaña de clandestinidad o de tergiversación de la historia actual. Y hay algo más alto, mucho más alto que los intereses del comercio.

Hay aquí persona que habla de que hay que emprender la reconquista espiritual de América, pero esa reconquista, aun supuesto que estuviésemos expulsados espiritualmente de América—lo que no es cierto—no podría iniciarse sino desde aquí y con la verdad, nada más que con la verdad. Mientras aquí subsista el actual despotismo, este sistemático desprecio a la libertad y a la justicia, este último de la más vergonzosa servilidad, mientras tanto es una torpeza querer ir a buscar fuera un prestigio que se está disolviendo dentro. Y no se olvide que prestigio en su sentido latino primitivo y original no quiere decir otra cosa que engaño.